

su bracos a los murcianos como arcabuzada que encerraba el porvenir de España. Murcia aclamó entonces a aquel niño Príncipe, y le adelantó su juramento de leal fidelidad.

En los días aciagos del año 79, cuando horrible inundacion arrasó esta vega, y quedaron sus colonos sin hogar, sin ropas sin pan, casi desesperados en la sombría soledad de un valle cenagoso, entonces el joven rey descendió de las alturas del trono y vino entre nosotros, y buscó al infeliz que yacía en el fango, y brilló sobre las ruinas de soladas sembrando amor, oro y dádivas, con mano tan pródiga, con alma tan generosa, que se transformó ante nuestros ojos en enviado de Dios y en representante de la providencia Divina. Los pobres besaron entonces sus pies, tocaron sus ropas, regaron con lágrimas sus hembras, y arrodillados ante su presencia elevaban sus bracos al cielo pidiéndole la glorificación de aquel joven Rey cuya dulce mirada caía como bálsamo sobre tantas y tan hondas heridas.

Cuando ha poco, la epidemia afligió a este siempre castigado pueblo, Murcia sintió en ella el espíritu de su Rey, con el eco de sus palabras amantes, en la importancia de sus donativos, en el desvelo que por ella tenía el amado monarca en tan prolongada calamidad.

Por eso aquí su muerte fue sentida como la de un padre, y su pérdida será eternamente llorada. Murcia está ligada de tal modo en su historia a la monarquía, que ninguna Ciudad tiene como ella siete coronas en su escudo; ni una dádiva tan gloriosa como el corason del Rey sabio, sepultado en su primer templo, ni tantos y justificados títulos, como los de muy noble, muy leal y fidelísima. Los Murcianos hoy lloran por ellos la muerte del Rey D. Alfonso, y evocan el honor de su memoria la fidelidad de

